

Literatura y Frente Nacional

por Harold Alvarado Tenorio

Quienes apenas habíamos pasado de los diez años cuando Alberto Lleras llegó al gobierno en 1958, habíamos no obstante vivido una de las experiencias más definitivas de nuestra vida. Religión y violencia habían tallado nuestro cuerpo y nuestra alma y habíamos sido sujetos de la más violenta defenestración de nuestras almas a través de la escuela primaria. La historia, la belleza, la música en manos de aquellos bárbaros cuya educación había sido, en su gran mayoría, sus militancias en el ejército y la policía, nos era entregada como un bagazo al cual debíamos extraer sus últimos jugos, luego de haber pasado por los herrumbrados brazos y las cabezas rapadas de sargentos y cabos que hoy oficiaban de domines gracias a los servicios prestados a los gobiernos conservadores y a la dictadura.

Muchos de mis maestros tenían apodos como El Tuso, Bala perdida, Cara de cachá, y se comportaban con los párvulos como si estuvieran frente a un pelotón de reclutas. El terror que más conservo en el cuerpo es el del primer día de escuela secundaria, cuando mi padre decidió ingresarme a una escuela pública, luego de haber cursado mi primaria en los brazos de unas adorables maestras que olían a naranjos. Esa mañana conocí el polvo, los pies desnudos y los calzones rotos de una clase que pasaba a mi lado sin que yo la notara. Los hijos de los campesinos y los pobres empleados me miraban sin rencor ni estupor, pero debían pensar qué hacía allí ese niño bien, con sus botines bien ilustrados, su pantalón de dril limpio hasta el cansancio y ese corte de pelo estilo americano que mi madre insistía en hacerme. Todo me da la sensación de ser negro. Y sobre este color, flota aún esa gorra blanca y negra que tenían que usar los pupilos durante las formaciones de la mañana.

Ningún período de nuestra historia ha sido más funesto para la juventud que ese que se inició con la caída del Partido Liberal y que tuvo como desenlace el cuarto de siglo que conocemos como Frente Nacional. Si los esfuerzos de la reacción estuvieron encaminados a reentregar la educación a la iglesia y a amaestrarnos en los textos franquistas, los intérpretes que tendría esa doctrina en todo el país eran por primera vez los más ignorantes, pues su formación no era otra que una caricatura de la escuela prusiana. Aquí si cabe decir que quien se educó lo hizo de milagro. Los gobiernos conservadores y del Frente Nacional se dedicaron sistemáticamente a borrar la historia de las conciencias juveniles, pretendiendo hacer desaparecer las causas que según ellos habían generado una violencia que se disponía a quitarles el poder.

Tengo que confesar que poco fue lo que aprendí en mis primeros años de bachillerato, en provincia, acicateado constantemente por unos cabos segundos que enseñaban inglés con el mismo grito que pedían una formación marcial. Quizás sea bueno recordar que ese maestro tenía unos largos dientes, vestía de azul Prusia y consideraba a los estudiantes una recua de muías a quienes había que amaestrar a punta de castigos, inglés y álgebra. El mundo se nos venía en: cima cada mañana cuando teníamos que contemplar a ese hijo de puta violentando nuestras conciencias. A este tipo de bellaco debo haber tenido que refugiarme en las bibliotecas para tratar de encontrar otro mundo, un mundo interior que me hiciera fuerte ante tantas miserias que me prodigaba la realidad. En esas bibliotecas de provincia leí todo lo que pude, y allí fue donde realmente me eduqué. Nada debo a mis maestros, nada en absoluto, y sí todo a los libros viejos de las bibliotecas escolares.

¿Cómo podemos creer hoy que el estado colombiano estaba interesado en educar la juventud? La única que desde siempre se ha interesado en educar a sus críos es la clase alta, los dueños del poder, que saben inmemorablemente para qué sirve la educación.

Nosotros, los hijos de una entonces mísera clase media, solo recibíamos a diario los latigazos de unos periódicos tartamudos y el lluvioso sonsonete de unas radionovelas que nos transportaban a los países más extraños de la tierra o a los interiores de unas casas donde reinaba la maldad, en las voces de unas mujeres horribles que asustaban a toda la nación a la una y media de la tarde de lunes a viernes. O teníamos que asombrarnos ante las maravillas de una televisión donde un hombre llamado Alian Duges nos enviaba a la cama con las piernas tiritantes gracias a una enorme carcajada de ultratumba que comenzaba a las nueve y media de la noche y solo terminaba con la llegada del otro día.

Solo en la Sabana, algunos inquietos podían leer una revista de unos intelectuales que habían vivido en París y Madrid y que sabían qué otras cosas eran posibles a pesar de la pobreza. En esa revista de escaso tiraje, cuya vida estuvo contada por los días de la dictadura, la juventud rebelde se enteraba de las aspiraciones y posibilidades de los mejores hombres de Europa y América, y por primera vez vieron y leyeron a Jorge Luis Borges, Alfonso Reyes, Octavio Paz, Alvaro Mutis o Gabriel García Márquez. Esos quinientos ejemplares que circulaban cada dos meses son hoy el único símbolo de que nuestro país tenía una presencia continental de lado de la cultura, y que por lo menos esa llama oteaba los senderos oscurecidos por el terror.

Los periódicos, una vez superada la crisis de la dictadura y certificado la defunción de Mito, creyeron oportuno vender a sus lectores la vieja idea de que la única dictadura mala es la militar, mas nunca la que ejerce el burgués sobre el resto de las clases y la comunidad. Por tanto, sin haber superado las miserias, y las rutinas criminales, cuando las bombas más se hacían oír sobre los campos de Marquetalia, Guayabero y Riochiquito, toda la prensa dominical lanzó sus fuegos al aire para presentar al pueblo a unos muchachos irreverentes que habían salido recientemente de los seminarios conciliares y que les daba la oportunidad de mostrar que en nuestro país también existían los rebeldes sin causa.

Magazín Dominical, de El Espectador, Bogotá, 25 de Septiembre de 1983